

El nuevo secretario general

SORPRESA RELATIVA.—El nombre de don José Solís Ruiz, definidor de indudables nostalgias, conocido al filo del mediodía de ayer como nuevo titular de Secretaría General del Movimiento, acalló de golpe las cábalas basadas en un posible «cierre de filas», en aras del mantenimiento de la imagen del «12 de febrero», y también las amontonadas sobre un cantado «baile» de carteras.

La sorpresa ha sido, como todas las que suceden dentro de un marco restringido de posibilidades, relativa. Se ha optado por la solución más sencilla, al menos sobre el papel: la sustitución simple. Y se ha venido a dar espaldarazo no sólo a la tradición histórica del Movimiento, sino también a la continuidad exigida por el propio Jefe del Estado en cuanto Jefe Nacional del Movimiento y Presidente del Consejo Nacional.

Una vez conocida la decisión, una cierta lógica, inherente a todo el sistema —una lógica por encima de la estructura del momento, de lo que se ha dado en llamar coyuntura—, parece justificarla y hacerla razonable. Escribíamos ayer de la dualidad del cargo a cubrir. De su relación directa con Franco, por una parte —parte sustancial—, y de la que mantiene con el presidente del Gobierno, como miembro del Gabinete. El nombramiento es del Jefe del Estado, si bien la fórmula protocolaria indica que es a propuesta del presidente.

APERTURA.—Con toda su carga de pasado, Solís es uno de los «veteranos» más abiertos, más proclives a la negociación, más dúctiles, si se quiere, dentro del mantenimiento estricto de unos principios. Su habilidad tuvo más oportunidades de lucimiento en su faceta como delegado nacional de Sindicatos, que como ministro secretario general. Hoy los tiempos han cambiado, aunque sea formal su principal característica distintiva. Pero no hay que olvidar el hecho de que, con Fraga como delegado nacional de Asociaciones, el primer proyecto asociativo —prácticamente inédito— nació bajo el asentimiento del otra vez responsable de Secretaría General.

El ambiente creado en torno a la supuesta soledad del presidente Arias había favorecido el pensamiento en otros hombres del Movimiento menos comprometidos con el ayer. Y los que así pensaban bien pudieran afirmar que el signo con que se ha decidido la sustitución de Herrero Tejedor ha sido contrario al que presidió el cese del antecesor de éste.

PROMESAS.—Desde su condición de ex ministro, Solís manifestaba, hace únicamente dos meses, que «este país, que entre todos hemos contribuido a formar, requiere también un nuevo trato político; las nuevas situaciones demandan fórmulas renovadas y congruentes con una época de transformación social acelerada, cosa no ya sólo inevitable, sino positiva». También se declaraba creyente en la apertura, en las asociaciones y en su estatuto. Y como ejemplo práctico encabezaba la Unión del Pueblo Español.

Ahora sólo cabe esperar que las afirmaciones, convertidas desde hoy en implícitas promesas, se apliquen por el camino de las realidades contenidas en el programa del Gobierno, en la declaración programática del «12 de febrero», sin desmayos ni desviaciones.

De todos modos, al regresar a un cierto pasado reciente, el nuevo secretario general cuenta, junto con el recuerdo de la Casa, con la relación de dependencia que liga a su figura las de cuatro ministros del actual Gabinete que sirvieron, tiempo atrás, a sus órdenes: Fernández Sordo, Gutiérrez Cano, Martínez Esteruelas y Allende. Y con su excelente relación con el presidente de las Cortes, Rodríguez de Valcárcel, cuya cotización política, por caminos indirectos, parece haber subido varios enteros en las últimas veinticuatro horas.—Pedro CRESPO.